

del hogar había entristecido y desalentado, depositando en ella chispas que nunca se extinguirán por completo, y de las que saldrá una nueva vida, más elevada y más noble.»

Esta hermosa explicación del iniciador de las *Colonias escolares* es la mejor defensa de su obra. Reconocida por todos su bondad y sus incalculables beneficios, la institución tiende á extenderse cada día. Prueba de ello es el Congreso internacional que ha de celebrarse este año en Zurich, en el cual se recogerán todas las experiencias verificadas y se discutirán las cuestiones que encierra la organización de las colonias.

III.—La colonia escolar de Madrid en 1887.

1.—Preparación de la colonia.

Propaganda.—Lo primero que necesitaba hacer el Museo para llevar á cabo su proyecto de colonia escolar de vacaciones, era solicitar el concurso de todas las fuerzas vivas del país y mover la opinión por medio de la prensa. Todos los periódicos de Madrid acogieron favorablemente la idea; y, haciendo con la mayor solicitud su propaganda, explicaron en artículos y sueltos repetidos, la organización de las colonias en el extranjero, el ensayo que el Museo intentaba en España y el género de recursos que esperaba recibir del público. Ilustrada la opinión de esta manera, y secundado el movimiento por las excitaciones particulares de las personas más íntimamente convencidas de la bondad de la obra, no tardaron en aparecer auxilios y ofrecimientos de todas clases.

Donativos.—El Excmo. Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo, á la sazón Ministro de Fomento, dió con este motivo una prueba más del profundo interés que ha mostrado hacia los problemas y reformas de la primera enseñanza; pues comprendiendo su transcendencia, dispuso que la Dirección de Instrucción pública concediese á la obra 1.000 pesetas y promovió otros muchos auxilios. Secundaron su ejemplo la Diputación provincial y el Ayuntamiento de Madrid, corporación esta más directamente interesada en la empresa de mejorar la salud y la educación de los niños pobres de sus escuelas; así como otros dos centros privados, á quienes tanto deben la cultura y la beneficencia del país: la Asociación para la enseñanza de la mujer y la Testamentaria del Excmo. Sr. D. Lucas Aguirre; unióse á ellas la Compañía de los Caminos de hierro del Norte, que ofreció reducir el 75 por 100 en el precio de los billetes para los colonos; otros donativos individuales, alguno tan importante como el del excelen-

tísimo Sr. D. Ignacio Bauer, de 500 pesetas; y el Museo (que aquí ofrece público testimonio de su agradecimiento á esas Autoridades, Corporaciones y particulares, como á las muchas otras personas que, según se irá viendo, lo han favorecido con su generoso concurso) tuvo ya seguridad de que la primera colonia escolar de vacaciones podía llevarse á cabo.

Instalación de la colonia.— Pensóse entonces en elección de sitio. ¿Sería más conveniente para los niños de las escuelas de Madrid la estancia en la montaña ó en las orillas del mar? El viaje á la montaña ofrecía la ventaja de la baratura; pues á las puertas de la capital está la sierra de Guadarrama, llena de hermosos valles y en altitudes tan importantes como muchas de las más renombradas estaciones sanitarias de Europa. Mas por un lado, la altitud de Madrid coloca ya á sus hijos en disposición de adaptarse fácilmente á aquellas, sin que el cambio en su organismo sea tan manifiesto y tan rápido como se debía procurar, sobre todo en un primer ensayo para acreditar la institución con la mejor propaganda—la del éxito;— cosa que debía esperarse además, con mayores probabilidades, de un clima más dulce y favorable en estación de calor riguroso, y especialmente del influjo del aire y los baños de mar, tan beneficioso para naturalezas escrofulosas y anémicas. Esto hizo preferir desde luego á la costa del Norte para la instalación; y como entre todas las comarcas de esa zona que pudieran ofrecer dichas ventajas era natural elegir la más próxima, se puso desde luego la mira en la provincia de Santander.

No podía establecerse la colonia en población grande, más cara siempre, y donde las condiciones para una vida enteramente rural, como á los niños convenía, son muy difíciles de obtener; ni elegir una aldea ó caserío, falto de comunicaciones y alejado de los centros de cierta importancia, donde acudir para algunos recursos que podríamos acaso necesitar en ocasiones. Era preciso, pues, tratar de reunir en lo posible ambas cosas: las facilidades de la población y las ventajas del campo. Entre las localidades que pudieran ofrecer tales circunstancias, y que la Dirección del Museo conocía ya de antemano, estaba la villa de San Vicente de la Barquera; y á ella se dirigió inmediatamente, con tan buen éxito, que la primera comunicación bastó para que el Ayuntamiento, y en su nombre el Alcalde don Eusebio Hoyos y el Secretario D. Manuel Díez del Cotero, resueltos favorecedores de la idea, pusieran generosamente á disposición de la colonia—no sin vencer ciertas resistencias, explicables por la novedad de la obra—una casa, en cuyo arreglo tuvo que hacer todavía aquella Corporación algún sacrificio; debiéndose en parte tan pronto y feliz resultado al interés é infatigable actividad de D. Recaredo Fernández Radillo, vecino de San Vicente, que se constituyó en desinteresado agente del Museo para todo este asunto. Gracias á él, la casa que gratuitamente había cedido el



Ayuntamiento pudo amueblarse gratuitamente también con casi todo el ajuar necesario para la vida—en verdad, bien modesta y poco sedentaria—de la colonia. De las veintiuna camas que se necesitaban, reunió aquel once; al resto se proveyó, haciendo, en Madrid, algunas señoras caritativas, ya las ropas, ya jergones y fundas de almohadas que habían de llenarse de hierba y de hoja de maíz en San Vicente.

Mientras se verificaban estas gestiones y preparativos, recibía el Museo dos ofertas espontáneas para la instalación casi gratuita de la colonia; dato elocuente que demuestra la viva simpatía que el proyecto despertó en todas partes. La distinguida escritora doña Patrocinio de Biedma nos brindó con un piso independiente en el Asilo de Huérfanos de Cádiz, establecimiento de que es fundadora, y en el que la colonia podría vivir por un precio reducidísimo. D. Julián García Díez, maestro superior, sustituido, de una de las escuelas públicas de Rueda (Valladolid), y á la sazón residente en Rasines (Santander), ponía á disposición de los colonos su casa en este último pueblo con igual generosidad, así como su persona, para todo el tiempo necesario.

El compromiso contraído con la municipalidad y vecinos de San Vicente nos obligó, desde luego, á rehusar con pena tan nobles ofrecimientos, aparte de otras consideraciones: por ejemplo, la de la mayor distancia del viaje á Cádiz, el clima menos benigno en verano y la falta de condiciones de esa localidad para hacer verdadera vida de campo; y si nada de esto era aplicable á Rasines, en cambio desde este punto no era fácil tomar los baños de mar, uno de los objetivos principales, como ya se ha dicho, de la colonia.

Restaba, para concluir la instalación de esta, organizar la comida y demás servicios de la casa; y no disponiendo de persona conocedora de todas las necesidades de esta clase de empresas para dirigir aquellos por sí misma, no había sino contratarlos. Y así en efecto se hizo, estipulando en 7 reales diarios por cada colono la comida, el lavado y la limpieza y arreglo del local, incluyendo el uso de vajilla y ropas de mesa.

Elección de colonos.—Al mismo tiempo se preparaba en el Museo la elección de los colonos. Las dificultades para ello eran muchas. Ofrecíanse desde luego estos dos caminos: 1.º, elegirlos á todos entre los alumnos de una misma escuela; 2.º, elegirlos de escuelas diferentes. Favorece al primero la consideración de que, yendo los niños acompañados por su propio maestro, el influjo de este durante la colonia recaería sobre una base anterior y se mantendría fácilmente después; la obra de las vacaciones se prolongaría más tarde en la escuela. En cambio, se limitaba mucho de esta suerte la esfera de acción de la colonia, por lo que toca á la utilidad que de ella debían reportar todos los distritos de Madrid, y de

aquí también á la propaganda que en las escuelas y en las familias debía fomentarse. Por el segundo camino, se allanaban estos inconvenientes; en cada distrito podrían quedar dos colonos, como ejemplo vivo de los resultados del ensayo; pero se desatendía el principio de la acción pedagógica del maestro sobre sus discípulos habituales. Procurando conciliar ambos sistemas y aun poder en la práctica compararlos, se decidió el Museo á formar la colonia con dos secciones de niños: la primera, compuesta de once—uno por cada escuela superior de los diez distritos de Madrid, más otro de la Escuela Modelo—y todos ellos á cargo de uno de los maestros superiores de la capital; y la segunda, formada de siete alumnos de una sola escuela elemental, dirigidos por su propio maestro. Para la designación de esta última se pensó desde luego en los barrios más pobres, pues parecía natural que allí estuvieran los niños más anémicos y más necesitados del viaje; y así se escogió la escuela núm. 40 (calle del Sur). Su profesor, D. Ciriaco Salas, como D. Agustín Salmerón, director de la Escuela Superior, núm. 4 (calle del Carbón), de quienes se solicitó el concurso para la colonia, se prestaron desde el primer momento gustosos, previa autorización de la Junta Municipal, á encargarse de sus respectivos grupos y á colaborar en la obra, no habiendo decaído un instante en el interés y verdadero amor con que se consagraron á ella.

Á fin de proceder con urgencia á la elección de colonos, cada profesor de las escuelas superiores, según las instrucciones del Museo, designó de entre sus discípulos á los tres ó cuatro que en su opinión más requerían este beneficio; y lo mismo hizo, aunque naturalmente con mayor número, el profesor Sr. Salas, en su escuela elemental. Las instrucciones se reducían: 1.º, á que la edad de los colonos oscilase entre los 9 y los 13 años, con objeto de que pudieran ya valerse por sí y de que hubiera cierta homogeneidad entre todos; 2.º, á que ninguno padeciera enfermedad contagiosa; 3.º, á atender sobre todo á la anemia, al empobrecimiento de la naturaleza y al escrofulismo; 4.º, á que se propusiera, entre los más necesitados del tratamiento, de ningún modo á los más beneméritos y aplicados, sino á los más pobres.

Para hacer la selección definitiva de los 18 colonos y proceder á su examen facultativo, solicitó el Museo la cooperación del inspector médico jefe de las escuelas municipales de esta corte, Dr. D. Sandalio Saiz Campillo, y de los doctores D. Luis Simarro y D. Rafael Salillas, tan competentes en estudios antropológicos; todos los cuales acogieron generosamente el ruego y desempeñaron su laborioso cometido con absoluto desinterés y celo extraordinario. Cuatro tardes consecutivas emplearon, primero, en escoger los 18 colonos y sus respectivos suplentes para el caso en que aquellos no pudieran por cualquier causa ir en colonia; y, segundo, en el

minucioso reconocimiento de los elegidos, con objeto de formar su *hoja antropológica* (*Apéndice* núm. 4). No eran absolutamente indispensables todos los pormenores de este examen para el objeto único de la colonia; pero el Museo quiso aprovechar la ocasión, y la aptitud y buena voluntad de los médicos, para hacer un pequeño ensayo de la inspección antropológica á que se debería sujetar á todos los alumnos de las escuelas, como dato para ayudar á resolver tantos problemas antropológicos y sociales de inmensa aplicación en todas las esferas de la vida.

Por ausencia del profesor y del auxiliar de la escuela superior del distrito de la Universidad, no fué posible designar al colono correspondiente, entrando á sustituirla la práctica de la Normal de maestros, que pertenece también á aquel distrito. Por iguales causas no tuvo representación tampoco el distrito de la Audiencia; y como resultaron infructuosas las gestiones privadas que para evitarlo practicó el celoso Secretario de la Junta Municipal de primera enseñanza D. Matías Bravo, á quien debemos agradecer un activo concurso, se decidió suplir aquel vacío con el alumno que más necesitase ir en la colonia, á juicio de los facultativos, de entre los que, inspeccionados por estos, habían quedado fuera de la lista; recayendo la elección en otro alumno también de la referida escuela práctica, que, por esta coincidencia, tuvo dos colonos. El designado del distrito de Buenavista (D. Antonio Rodríguez) renunció á última hora por enfermedad de su padre; y no habiendo aceptado el suplente del mismo distrito (D. Salvador Cernuda), hubo que proceder igualmente á su reemplazo en los mismos términos que en el caso anterior, resultando elegido el suplente del distrito de Palacio. Por último, de los 7 elementales del barrio del Sur, solo uno renunció (D. Pedro Olmedo), tal vez el más indicado para ir en colonia, por su manifiesta escoliosis, siendo sustituido por el primer suplente.

Después de estas vicisitudes, hé aquí ahora los nombres de los niños que, previos todos los requisitos debidos, formaron definitivamente la colonia.

De la escuela elemental núm. 40.

- D. Francisco Barnés.
- › Tomás Voleas.
- › Angel Nieto.
- › Enrique Oteiza.
- › Manuel Ripoll.
- › Manuel Grau.
- › Manuel Bahon.

De las escuelas superiores.

- D. Antonio Amorós (Distrito de la Inclusa).
- › Valentín Medel (Distrito del Congreso).
- › Carlos Marqués (Distrito del Centro).
- › Vicente López (Distrito del Hospital).
- › Manuel Polo (Distrito del Hospicio).
- › Benito Bazaco (Distrito de Palacio).
- › Marcos Laudes (Idem id.)
- › Enrique Lluch (Distrito de la Latina).
- › Antonio Serrano (Distrito de la Universidad, Escuela práctica).
- › Víctor López (Idem id.)
- › Víctor Gómez (Escuela Modelo).

Equipo.—Obtenida de los padres ó encargados declaración firmada de su conformidad para que los alumnos entrasen en la colonia (V. *Apéndice* núm. 7), solo restaba proveer al equipo de los colonos, tarea fácil al parecer y que ocupó, sin embargo, varios días. Entregóse á las familias nota de los objetos que necesitaba llevar cada colono (V. *Apéndice* núm. 6), encargándoles manifestasen los que de ellos podían suministrar, pues del fondo de la colonia se atendería al resto. Así se hizo, y en la Cuenta de gastos (*Apéndice* núm. 5), cap. **A**, puede verse lo que fué necesario comprar al efecto. Cada niño recibió además una esponja, un cepillo para la dentadura, un cuaderno para el diario y un lápiz, habiéndose provisto también por cuenta de la colonia á todos los pequeños gastos de escritura y correo. Por último, en el cap. **B** de la misma cuenta y sección, se encontrará los gastos hechos para el material permanente de la colonia: ó sea aquellos objetos que, como las ropas de cama, pueden servir en distintas ocasiones y están en depósito en el Museo.

El trato frecuente, durante este periodo de preparación, con los niños y con sus familias, las cuales han atendido siempre sin dificultad las indicaciones del Museo, nos ha proporcionado nuevos datos, que confirman una vez más el estado de angustiosa estrechez en que viven en Madrid nuestras desgraciadas clases menesterosas (entre las cuales hay que incluir á muy considerable parte de la media), faltas, hasta un extremo doloroso, de las cosas más indispensables para una vida higiénica y civil, por humilde que sea, y sacrificadas sin embargo á cierta idea de «decoro» exterior, cuyas apariencias, que á nadie engañan, consumen lo que se debería aplicar á necesidades apremiantes. No habría para qué entrar aquí en esta consideración delicada, si no fuese por aprovechar la oportunidad de insistir sobre la misión que incumbe á la Escuela en este punto

de la educación económica de nuestro pueblo, todavía imbuido de preocupaciones que tan desfavorable nombre nos han dado en el mundo y que tal daño causan—cosa harto más grave—á nuestra salud, á nuestro bienestar y aun á nuestra honra.

La mañana del día en que debía partir la colonia y con asistencia del Ilmo. Sr. D. Santos María Robledo, Inspector general de primera enseñanza, cuyo entusiasmo por todos los progresos de la educación nacional le ha hecho mirar este ensayo con las mayores simpatías y prestarle siempre y en todo momento su eficaz concurso, se pasó revista en el Museo al equipaje de los muchachos, que lo llevaban individualmente; porque, tratándose de educación, cada uno, mientras sea posible, debe manejar sus cosas con independencia, como se ha de servir á sí mismo. Completóse lo que faltaba, se admitió á las familias todo lo necesario, desde la última comida que deberían hacer en sus casas hasta la que les convendría llevar para el camino, no menos que el traje. Y así dióse por terminada la preparación de la colonia.

2.—Viaje.

La colonia escolar salió en el tren de Santander, el 15 de Agosto, á las nueve y cuarenta y cinco de la noche, siendo despedida en la estación por el Ilmo. Sr. Inspector general de primera enseñanza, varios profesores de escuelas públicas y privadas y las familias de los niños. El número considerable de 21 personas, que formábamos la colonia, y la previsión de haber acudido muy temprano á ocupar nuestros asientos, hicieron que, por fortuna, pudiéramos disponer con independencia de dos departamentos contiguos de un wagón de 3.^a clase; pero, á todo evento, aconsejaremos se solicite siempre de las compañías un reservado que, para fines de esta clase, suelen conceder generosamente. La forma corrida, general en nuestros wagoes de 3.^a, recomienda esta precaución, así como la de instalarse, á ser posible, en un coche de los que llevan freno central y dejan á cada lado dos departamentos juntos é incomunicados de los otros dos. Así lo exigen, tanto la necesidad de evitar á los niños espectáculos é inconveniencias, por desgracia harto frecuentes, cuanto la libertad y aislamiento que hacen falta para las observaciones, ya de carácter intelectual, como el exámen del mapa y el camino, de los instrumentos, de los terrenos por que se atraviesa, etc., ya relativas á las maneras, conversaciones ó conducta general de los alumnos. No se debe olvidar que en el coche comienza la acción educadora de la colonia y que esta no es más que una forma distinta de la misma escuela.

Al partir, no dieron señal alguna de tristeza los niños. Verdad es que tales señales son rarísimas en las excursiones de muchachos: tan poderosa es la impresión de novedad que el viaje causa en ellos y que animaba á nuestros colonos extraordinariamente. Cuatro de ellos subían por vez primera á un tren, y catorce nunca habían visto el mar.

La prevención que en general existe contra estos viajes y el temor ante las dificultades y complicaciones extremas que se supone traen consigo, nos parecen, si no desprovistos del más remoto fundamento, exagerados á todas luces, aunque explicables por la falta de hábito. Una larga práctica en excursiones de este género nos lo había enseñado á algunos de los que dirigíamos esta. La colonia nos ha confirmado más y más en ello.

Observamos con interés que no hubo en los niños el encogimiento y reserva que se pudiera esperar; venció la excitación, y desde el primer instante comenzaron á cambiar con vivacidad y calor sus impresiones. No hubiese sido prudente obligarlos á callar con violencia: no lo es jamás, aun dentro de la escuela. El gozo de que estaban poseídos necesitaba una válvula, á esa edad en que es tan corto el poder de suspender la transformación de las sensaciones en movimientos exteriores y expresivos, y por tanto el dominio de sí propios; y no obstante lo avanzado de la hora, forzarlos á dormir (puesto caso que fuera posible) hubiera sido privarles de una de las alegrías más naturales que en todo el viaje habían de experimentar. ¿Á qué suprimirles la ocasión de acumular impresiones que abrían nuevos horizontes á su espíritu y que más tarde, convertidas en gratos recuerdos, no solo constituyen gran parte del encanto y poesía de la vida, sino un poderoso elemento de educación y de cultura? ¿Volverían ellos con frecuencia á verse por la noche cruzando en tren llanuras y montañas, campos y bosques, trincheras, terraplenes, puentes y túneles? ¿Volverían á ver el efecto de las luces de los pueblos, del resplandor rojizo ó del penacho de humo de la locomotora? ¿Volverían á escuchar, en el silencio de esas horas y en una estación pequeñísima, la voz del mozo que anuncia los minutos de parada, el pregón de la aguadora, el silbato ó la campana que dan la señal de partida? Y al lado de todo esto, que por insignificante que parezca, todo el mundo sabe la emoción que le produjo la primera vez que hubo de sentirlo y la emoción que todavía le produce su recuerdo ¿qué son, ni qué valen, unas horas más de sueño? ¿No dicen nada sobre ello estas sencillas palabras del diario de un niño... «Por la mañana vi la salida del sol, que me gustó muchísimo, porque no la había visto nunca?» [*Diario de A. N.*]

Únicamente dos tomaron notas. Apuntaban solo el nombre de las estaciones y su situación á la derecha ó á la izquierda de la vía. Este interés los mantuvo sin dormir largo tiempo; cuando á la mañana despertaron,

había desaparecido. Mayor afán mostraron algunos en Valladolid por leer cierto periódico satírico sumamente vulgar; y es digno de notarse cómo fueron niños del barrio del Sur los iniciadores y más interesados en la compra. No podía acontecer de otra manera. Ese periódico era para ellos la expresión más adecuada á su cultura y gusto literarios. Asuntos y lenguaje, fondo y forma, estaban á su alcance y respondían al engranaje entero de su espíritu. En la mayor parte de los otros muchachos, no hubiera sido difícil entrever un cierto desdén — más intelectual todavía, que verdaderamente sentido, pero al cabo desdén — por aquella literatura. El dato es elocuente y entraña todo el problema de los libros de lectura para el niño, y aun el problema general del valor que en razón pertenece á la enseñanza de la lectura, tan extremado en los tiempos en que la primera educación se reducía á «las primeras letras». Con solo aprender á leer, nada se aprende: se adquiere un instrumento, inútil mientras no se le ejercita; y no se ejercita con fruto hasta que se despierta la afición á la lectura, hasta sentir que esta vale algo en la vida. Todo el mundo sabe cómo gran número de niños que aprenden á leer lo olvidan más tarde, cuando hombres: hecho inconcebible, si tuviesen libros interesantes y si se cuidara de abrir siempre en el espíritu del niño, ó del adulto, la necesidad de leer para enterarse de las cosas. Mientras el libro de lectura no sea para el niño tan interesante como una novela, mientras la muchedumbre menos culta no tenga nada más atractivo en que satisfacer su sentimiento literario, por más pena que cause, habremos de reconocer que periódicos como el aludido contribuirán más que el *Juanito* á mantener viva la afición á leer en nuestro pueblo.

Durante el día, la animación y el interés fueron crecientes. Observamos en el mapa de España, de Vogel, el camino recorrido; la dirección, mediante la brújula; la temperatura; las grandes oscilaciones del barómetro en las extremadas diferencias de altitudes por que pasa esta vía; los cambios de paisaje; las labores del campo; el aspecto de los pueblos y los accidentes principales, como los ríos y divisorias de las grandes cuencas: todo intuitivamente, de ocasión y al paso, sin carácter de lección sistemática. Nada debe recomendarse tanto como la sobriedad en este punto. Con respecto al resultado, aquí como en todo lo demás, nos remitimos, de una vez para siempre, á la Memoria escrita por los colonos (*Apéndice número 2*). Ella dirá si, por este procedimiento tan sobrio, se aprende bien ó mal, poco ó mucho.

Desde Torrelavega, donde se deja el tren, á San Vicente, hicimos el trayecto en los coches de los Sres. Velarde, que generosamente nos rebajaron la mitad del precio. Con la noche, vino la fatiga de tantas emociones; y á la llegada, casi todos dormían.

Hé aquí cómo describe un niño en su diario la última parte del viaje: «Era por la mañana; llegamos á Reinosá y compramos pantortillas de manteca, que costaban un real, y también compró D. Manuel pantortillas de manteca para los que no habían comprado; y cuando llegamos á Torrelavega, nos pusieron los equipajes en un montón á la puerta de una tienda; y luego nos metieron en dos diligencias y empezó á llover, antes de llegar á Cabezón de la Sal; y Bazaco se echó encima de D. Agustín; y llegamos á San Vicente á las nueve de la noche; y nos salieron á recibir con un farol; y Medel estaba medio dormido; y le preguntó D. Agustín que si estaba dormido, y en vez de decirle *sí, señor*, le dijo *sí, señora*; y todos los que le oyeron empezaron á reirse; y luego nos llevaron á una casa y nos dieron de cenar y nos acostamos...» [M. L.]

3.—En San Vicente.

CASA Y AJUAR.

La casa.—San Vicente de la Barquera está descrito en la Memoria de los colonos.

Nuestra casa era la última de la calle de la Iglesia, inmediata á esta, y en lo más alto del pueblo, dominando dos ríos, frente al mar y con un panorama por la parte de tierra, verdaderamente espléndido. Al lado de aquella solo hay otras dos casas, de familias pobres; pero de todas las restantes dista más de 100 metros; y no siendo paso aquel sitio más que para la iglesia, se goza casi todo el día de completa independencia. Está rodeado el templo de una explanada, parte pradera, parte enlosada, toda con un pretil alrededor y plantada de sicomoros y plátanos, con vista á ambas rías y á las más hermosas montañas de la cordillera cantábrica. Esta explanada y las extensas laderas vertientes á la ría, y también cubiertas de prados, en que se continúa, tuviéronlas por suyas nuestros colonos, permitiéndoles estar constantemente expuestos al aire libre, respirando el del mar á todas horas, sin exceptuar más que las precisas para comer, dormir y escribir sus diarios y sus cartas. Multitud de pormenores nos hicieron apreciar á cada instante la ventajosa situación de que disfrutábamos, no dudando en recomendarla para cualquiera otra instalación de colonia.

La casa, cuya fachada mira al Sur, tiene en la planta baja un portal empedrado, con las paredes blanqueadas y con una ventana; y un salón de 9^m,50 por 3^m,50, que nos servía de dormitorio, con un balcón sobre la ría, al lado Norte y frente á su desembocadura. El piso alto está

compuesto de sala y gabinete, cada uno de ambos con una alcoba y un hueco al gran balcón ó solana que, según el uso del país, ocupa la fachada toda. Al extremo Norte de este piso está la cocina, oscura, pero espaciosa, y que se destinó (por no haberse de encender lumbre en ella, sino rara vez, pues la comida venía arreglada de fuera) para colocar los equipajes, tendiendo al efecto de un extremo á otro cuerdas en que colgar la ropa, y las sábanas y toallas de baño, una vez secas. La sala, que tiene puerta á la solana, fué convertida en cuarto de trabajo y comedor; y en el gabinete contiguo, se colocó el material común de estudio—que pudiera decirse—de la colonia: los libros, mapas, barómetros, termómetros y demás instrumentos, así como los fósiles, plantas, etc., que se iban recogiendo. Como pieza de aseo, tan importante en estas colonias, sirvió el portal de la casa. Los profesores dormíamos, uno abajo con los niños, y arriba en las alcobas los otros dos, turnando.

Ajuar.—Ya se indicó que el modesto ajuar fué casi todo prestado generosamente por algunos vecinos. Se había puesto á lo largo del dormitorio dos tablados de 0,70 metros de altura por 1,80 de ancho, construido con cajones y maderas que prestó con largueza el almacenista D. Urbano Velarde, y entre los cuales quedaba un estrecho pasillo de 0,70 para el servicio de las camas. Colocóse á estas sobre los tablados, é inmediatas unas á otras, once en un lado y siete en el otro. Las condiciones de la sala no permitieron un mejor arreglo; á pesar de lo cual, se logró que cada niño tuviera su cama aparte, requisito indispensable en absoluto y del que no se debe prescindir nunca. Las camas se componían de un jergón de hoja de maíz, una almohada de hierba seca, las sábanas correspondientes, que se mudaban todas las semanas, así como la funda de la almohada y una manta.

El primer elemento necesario para el aseo era la abundancia de agua, á lo cual se proveyó colocando en el portal media cuba de madera y encargando á una mujer de tenerla siempre llena. Al lado de la cuba púsose una gran tina, destinada á verter las aguas después de lavarse, y un poyo de piedra, que corría á lo largo de uno de los muros, sirvió de mesa de *toilette* para colocar pozales, tinas de madera y barreñones para el aseo de los niños; vasijas todas muy modestas, pero grandes y limpias. El agua que necesariamente se había de derramar, sobre todo hasta adquirir hábitos, no estropearía ciertamente el lavabo ni el piso, porque uno y otro eran de piedra. Por último, colocaron los niños encima del poyo, y colgada en la pared, una tabla larga, suficiente para dejar en ella por su orden las esponjas; tendieron igualmente en toda la prolongación del portal, hacia el dormitorio, una soga para las toallas respectivas y clavaron en el otro muro una serie de clavos largos para colocar la ropa

mientras se lavaban. Con esto, más unos platos de barro ordinario que compramos para utilizarlos como jaboneras, quedó completo el cuarto de aseo, con un gasto por parte de la colonia de 3 pesetas. Los asientos para vestirse, los bajábamos de la sala.

Había en esta un sofá, cuatro sillas de paja, tres bancos de madera sin respaldo y otras tres mesas pequeñas, que unidas, formaban una larga—no tanto, sin embargo, que todavía no estuviéramos algo estrechos los 21 que comíamos juntos.—Este era todo el mobiliario; en realidad, suficiente. También colgamos en la pared de la sala palomillas de tablas de cajones para colocar en una los cuadernos, en otra las servilletas, en otra los cepillos, etc., y en todas ellas cacharros ordinarios con helechos y toda especie de plantas del campo que los niños recogían, y que daban al cuarto, con sus paredes blancas, el techo antiguo de hermosas maderas oscuras y la cantidad de luz que entraba por el balcón del Mediodía frente á las copas de los árboles vecinos, el aspecto más sano y alegre que puede imaginarse. Daba gusto trabajar en aquel sitio.

PLAN DE VIDA.

Aseo.—Nos levantábamos á las seis de la mañana.

No pudiendo lavarse todos los niños á la vez, se llamaba primeramente á seis (á aquellos que por lo general estaban ya despiertos espontáneamente), y salían al campo unos momentos. Cuando volvían, comenzaban á lavarse y se llamaba á otros seis, y luego al tercer grupo, que completaba los diez y ocho. El uso del calzado de becerro blanco, que todos los colonos llevaron y que debe siempre recomendarse, así como el de las alpargatas, simplificó extraordinariamente la limpieza de la ropa. Cada cual tomaba del depósito con un jarro de lata el agua limpia para su vasija, llenándola varias veces para lavarse—siempre con jabón y mucha agua—las manos, la cabeza, los piés y otras partes del cuerpo. Consumióse en treinta días un cuarto de arroba de jabón ordinario del llamado de Mora, amarillo (recomendable por ser más espumoso), sin contar otra libra sacada á prevención de Madrid y que se gastó primeramente. De acuerdo con el Comité organizador de las Colonias parisienses, consideramos como una de las medidas de primera necesidad para el restablecimiento de la salud de los niños, el baño ó lavatorio diario, con jabón, de todo el cuerpo, cuyas saludables consecuencias no hay para qué alabar, de puro sabidas (por más que todavía esté tan poco generalizado entre nosotros, aun en clases más acomodadas); pero no creímos indispensable establecerlo más allá que en la medida explicada, dado el baño

de mar cotidiano que tomaban nuestros colonos. Pero de cualquier modo, si la limpieza diaria de *todo* el cuerpo es de absoluta exigencia para *todo* el mundo ¡cuánto más no lo será para niños anémicos y débiles!

La observación de estos durante su aseo proporciona interesantes datos también sobre la situación de nuestras clases menesterosas, sus necesidades y los medios de satisfacerlas; aunque puede bien asegurarse que son bastante análogos los resultados de esa observación en gran parte de nuestras clases medias, por lo menos. Muchos niños de familias acomodadas desconocen el uso de la esponja, que no suelen tener en sus cuartos, y no sería raro hallar quien creyese, como algunos de nuestros sencillos colonos, que habría de servir para secarse; á no pocos sorprende igualmente el empleo del jabón en cabeza y rostro, el cambio de agua para manos, cara, etc., y manifiestan igual dificultad y extrañeza para manejarse, hasta el punto de haber tenido en otras excursiones, también, que lavar á algunos los primeros días y hacer notar á muchos el estado en que todavía, después de tanta agua y tan buena voluntad por su parte, les quedaba, por ejemplo, el pabellón del oído. Pormenores todos, sin trascendencia acaso para muchas personas; pero que deberá tener muy en cuenta todo maestro en una colonia escolar, si quiere asegurarse de algún fruto en la educación y salud de sus alumnos. Ninguno de los nuestros opuso la más pequeña vacilación, ni menos resistencia, á cuantas indicaciones con respecto al aseo se les hizo; procurando todos cumplirlas con la mayor diligencia y sin que haya podido notarse intención siquiera de evadir su cumplimiento, aprovechando, por ejemplo, un descuido.

Dato que importa tener muy en cuenta á los que, desconfiando de la sinceridad y carácter franco y abierto de los niños, suponen constantemente que no piensan sino en burlar la vigilancia del maestro. Verdad es que nada se les impuso sin procurar poner á su alcance la razón de ello; y es imposible que espíritus frescos, sanos y todavía con pocas preocupaciones, no hallaran justos ciertos—al parecer—refinamientos, que dejaban de serlo para ellos desde que veían cómo todo estaba reducido á más agua, más jabón y más deseo de estar limpios: cosas que, en sus casas, por modestas que fuesen, podían proporcionarse, con un poco de voluntad, á todas horas. Porque uno de los propósitos que el maestro debe tener siempre en la colonia, es el de hacer ver al niño prácticamente cuantas veces sea posible, cómo hay muchos casos en que la vida puede hacerse más agradable y noble sin otros recursos que los ordinarios, sin más que querer utilizarlos con algún ingenio: cómo, por ejemplo, es preferible tener para lavarse un barreño ordinario, pero grande, en que quepa mucha agua, á una pequeña palangana de loza ó porcelana fina; cómo es mejor tener cuatro camisas ó cuatro toallas de lienzo burdo, suficientes

para poderlas renovar con frecuencia, que solo dos de mayor precio; cómo es más limpio beber cada cual en su vasija de barro, que todos en un mismo vaso de cristal: y así de tantas otras cosas. Esto hemos procurado hacer en la colonia. Nos hubiera sido fácil obtener jofainas de loza, y preferimos desde luego barreños, tinas y pozales; hubiéramos prestado perchas, y colgamos clavos y cuerdas; habríamos tenido más bancos para el portal, y quisimos que vieran cómo con cierto orden podríamos utilizar los de la sala sin producir trastorno. Mucho importa insistir en este punto, pues con él se previene en absoluto la única aparente sombra de razón que algunos pretenden tener, objetando que las colonias (como los Jardines de la infancia y en general las buenas escuelas) crean en los niños necesidades que no han de poder luego satisfacer en sus casas. Porque tal crítica no se encaminará sin duda contra la alimentación más sana, los baños de mar ó la vida de campo, de que los niños gozan durante un cierto tiempo para tratar de prevenir el raquitismo. Tanto valdría proponer la supresión de los hospitales y el abandono de los desgraciados; ó pedir que se les trate todo lo peor posible, so pretexto de que luego no podrán tener, desgraciadamente, tantos cuidados en sus casas. Pues si esto sería, no solo absurdo, sino inhumano, no lo es menos la objeción á que arriba se alude. Precisamente, en esas superiores exigencias que en la conciencia del niño despierta la colonia, radica un germen de progreso en su vida y cultura, y acaso en la de toda su familia, germen que no siempre queda por cierto estéril; sobre todo, si se procura, como arriba se advierte, mostrar á cada momento cómo esas exigencias—únicas que la colonia debe provocar—son de todo punto compatibles con medios humildísimos. Verdad, cuya propaganda es tanto más necesaria entre nosotros, cuanto que en los pueblos atrasados la incuria y la rutina hacen que solo á fuerza de dispendios ruinosos se pueda tener algún refinamiento en la vida. No es á ningún niño de la colonia á quien hemos oído decir más de una vez: «yo me lavaría diariamente el cuerpo, si tuviese una tina de mármol.»

Los maestros, alternando, inspeccionábamos el lavatorio de nuestros colonos, pero lavándonos ante ellos. Cualesquiera que sean los reparos que á esto se pueda poner, todos son nimios al lado de sus ventajas; porque nada hay más educador que el ejemplo, y solo mediante él cabe hacer sin violencia indicaciones que, hechas únicamente de palabra, molestan y hieren ciertos sentimientos.

Al concluir, salían los niños al prado de la iglesia, que, como queda dicho, estaba á la puerta misma de la casa; y allí, aguardando á que los demás acabaran, charlaban ó paseaban sobre la hierba y entre los árboles, respirando el aire de la montaña y del mar, que en toda la noche les había



abandonado: porque dormíamos con el balcón abierto, cosa que aun en muy otro clima y estación, y aun para adultos sanos, tanto recomienda hoy la higiene. Los últimos ponían todo en orden; subíamos los bancos al comedor; á las 7,30 tomábamos el desayuno—un cuartillo de leche de vaca y un pan francés de 175 gramos—y otra vez al campo, hasta las 9, mientras se hacía la limpieza de la casa.

Trabajo.—De 9 á 10,30, era la hora destinada al trabajo.

Notemos que, si bien el carácter de la colonia escolar es ante todo educador, no quiere esto decir en modo alguno que deban los niños continuar en ella sus trabajos escolares. Allí no van á seguir regularmente sus clases, ni parte de estas, ni siquiera á tomar continuamente apuntes y notas, como hace un viajero excursionista; nada, en suma, de lo que pudiera traer, sin advertirlo, la idea de un estudio impuesto, de un deber más ó menos ingrato; y no digamos, un exceso superior á sus fuerzas. Si esto es el trabajo, los niños no van á trabajar, en ese sentido inexacto que suele darse á esta palabra. Van á mejorar su salud y restaurar su naturaleza. Pero sus energías mentales no pueden quedar, sin embargo, inactivas. El problema está, por tanto, en la selección, en la medida, en el tacto: todo estriba en hacer que ejerciten esas facultades sin darse cuenta de ello; si vale la expresión, en que trabajen sin creer que trabajan. Para esto, sus tareas han de ser agradables, y para que sean agradables, no han de venir dictadas meramente desde fuera; aquella condición solo se alcanza cuando el motivo para el trabajo brota natural y espontáneamente ante las cosas mismas que vienen á despertar nuestro interés. De aquí, la pedagogía moderna reclama que nada se enseñe sino ante el objeto, y en la ocasión que nos mueve á conocerlo: principio que, al menos—allí donde las circunstancias puedan contrarrestarlo—debe llevarse delante como un ideal á que aproximarse el maestro en lo posible. Con frecuencia ocurre, por desgracia, en la escuela, merced á muy varias causas (y muy principalmente al mecanismo de reglamentos, textos y programas, á que muchas veces no es fácil sustraerse), tener que hablar de la nieve en el verano, de la lluvia bajo un cielo espléndido, ó continuar la clase con niños que bostezan y que no pueden atender ya de fatiga. Sin entrar á discutir hasta qué punto cabe evitar esto en la escuela, hay que decir que precisamente todo ello puede evitarse en la colonia, donde no habiendo por fortuna «asignaturas», el trabajo debe hacerse, no cuando lo quiere un horario abstractamente impuesto, sino cuando la ocasión sea propicia: que no es siquiera cuando el objeto está presente, sin más, ó en buenas condiciones para que lo explique el maestro, sino cuando ha logrado despertar el interés del niño. Así, pues, el verdadero trabajo en la colonia debe ser tan libre como el que fuera de la escuela hace el niño en la vida. Los niños aprenden en

todas partes: en sus casas, en las calles, en la comida, en el juego, en el paseo; en acercarse á este sistema *natural* consiste precisamente el *arte* del educador, así como en no traspasar el límite de una atención fatigada consiste el de todo maestro, aun en la clase: porque, llegado á este punto, el niño no se asimilará cosa alguna, ó lo hará á costa de su salud intelectual y física.

Con estas reservas, llamamos especialmente horas de trabajo en la colonia al tiempo que se dedicaba á escribir el *Diario*. Representa este ejercicio aquella función necesaria en toda enseñanza y encaminada á formular y como cristalizar en concreto el conocimiento de las cosas, á fijar y conservar lo aprendido, para incorporarlo como un dato más al tesoro de la cultura y utilizarlo en cada caso que nos sea preciso. Aparte de esto, es el *Diario* un ejercicio de carácter general en que, con verdadera libertad, contraria á toda idea de imposición ingrata, tiene cabida un cierto orden y sistema para enlazar la variedad de observaciones que los colonos deben ir recogiendo. Ejercicio que, obligando á insistir sobre lo observado, educa la reflexión y puede convertirse en verdadero examen de conciencia. Ninguno tan positivo, además, para aprender á dar forma al pensamiento, porque el asunto propuesto es enteramente real, y no artificioso. Se comprende bien lo que á este propósito dice M. Cottinet (1): «Muchos niños pertenecientes á secciones ya superiores, que no habían llegado á redactar nada en la escuela sobre asuntos *dictados*, redactaron regularmente su diario sobre asuntos *vistos*. Cosa que chocó extraordinariamente á sus maestros». Lleva, por último, el *Diario*, en su misma forma, una exigencia de orden y método que ayuda en extremo, no solo á disciplinar la actividad intelectual, sino al hábito general del trabajo; y no es raro ver cómo trasciende su influjo á una mayor regularidad en el ritmo todo de la vida.

Se comprende que el capital interés de un trabajo de esta índole estriba en la espontaneidad con que debe ser hecho. Lo que el alumno consigne, suyo ha de ser y producto de sus observaciones; sin que en el fondo, ni en la forma, se deba intervenir más que para corregir errores de hecho, ó faltas gramaticales y de ortografía. Observar por sí, reflexionar por sí, escribir por sí, lejos de inspiración ajena, es la primera necesidad de nuestros alumnos, en todos los grados de la enseñanza; porque la propia observación, la propia reflexión, el propio trabajo, en suma, son las eualidades

(1) En su informe sobre las Colonias escolares del distrito 9.º de París en 1884, citado en las *Mémoires et documents scolaires publiés par le Musée pédagogique de Paris*. Fascículo núm. 19, pág. 41.



intelectuales que aparecen más atrofiadas en los niños españoles, y de aquí en todo nuestro carácter nacional. Era de ver, en la mayoría de los colonos, la inmensa dificultad para hallar asunto que escribir en el *Diario*, á pesar de tantas emociones y descubrimientos como forzosamente les brindaba su nueva vida en los primeros días. Los *Diarios* son espontáneos, pero casi todos monótonos y faltos de relieve. La pauta del primer día se repite con frecuencia hasta el fin, como si hubiera un cierto miedo á apartarse del camino conocido ó impotencia para encontrar nuevos recursos. En muchos, todo aparece al principio con la misma importancia: la hora del desayuno, siempre la misma, y la excursión en barca, hecha por vez primera, y quién sabe si única, en la vida! Y si de la simple narración se pasa á buscar juicios propios, observaciones personales, expresión de sentimientos y deseos, la falta de iniciativa y de facilidad para formularlos es todavía mucho más manifiesta. Como forzados á decir algo acerca de sus impresiones, adoptaron al principio algunos esta fórmula, puesta al final de cada día:—«Apreciación: Lo que más me ha gustado, ha sido etc...», que siguen después repitiendo mecánicamente.

Fué necesario despertar su atención sobre estos defectos: hacerles ver que podían contar muchas más cosas y discurrir sobre ellas, escribir lo que pensaban y la impresión que les producían, como de palabra constantemente estaban haciéndolo. A lograr cierto progreso en este punto, contribuyó no poco la lectura de los *Diarios* escritos por los colonos del 9.º distrito de Paris en 1884, llenos de chispeantes párrafos. Como ejemplo notable del efecto producido, juzgamos de interés trasladar aquí un *Diario* correspondiente á alguna de las ocasiones en que los consejos sobre la monotonía, la repetición de los mismos datos y la falta de originalidad y juicio propios debieron ser más fuertes.

«*Miércoles 24 de Agosto de 1887.*—Ayer hizo más calor que antes de ayer y estaba el cielo despejado; y cuando se ve el cielo azul y no tiene nubarrones, es un gusto estar en este pueblo; y luego, cuando se ven las olas furiosas, y luego cuando se rompen en las peñas, es una alegría, y cuando se pasea por un camino ó por un campo, se oye el canto de los humildes pajarillos, y unos criando á sus pajarillos, y otros volando; y los pastores con su ganado, guardando y haciendo silbatos de caña y sufriendo el calor y las nubes.»—[E. O.]

La reacción fué violenta. Hemos copiado íntegramente lo que aparece aquel día en el cuaderno, y no solo falta, como se ve, la indicación de las horas de levantarse, tomar el baño, comer, etc., dato que nunca se olvidaba y que constituía, á veces, todo el fondo del *Diario*, pero ni siquiera se menciona, por casualidad, ocupación alguna. A la reseña monótona y prosáica, sucede de pronto una explosión de lirismo que, ni se había

anunciado antes, ni más tarde se ha vuelto á producir. Y aquí está lo interesante del fenómeno: porque con ser esta página del *Diario* de innegable autenticidad—como, de no haber sido escrita á nuestra vista, bastaría su estilo para declararlo—no es, sin embargo, enteramente espontánea en su fondo; es decir, no ha sido inspirada principalmente por el espectáculo de la naturaleza que describe; sino por reminiscencias de lecturas pertenecientes á tal género de descripciones que, con gran esfuerzo, sin duda, hubo el niño de representarse de nuevo en aquel punto: porque, á no dudarlo, el *Diario*, sin que por ello pierda nada de su ingenuidad y frescura, tiene, para el que tenga costumbre de esta clase de observaciones, un aire mucho más intelectual é imitativo que sentimental y original.

En los *Diarios* aparece casi siempre escueta la forma narrativa. Según el grado de adelanto y superior formación de los colonos, así cuentan más ó menos, y redactan mejor ó peor; pero todo el fondo se reduce á referir lo hecho ó sucedido. Las notas descriptivas y las de impresión y juicio personales son tan breves como raras; y casi siempre inspiradas, no directamente por el objeto ó el espectáculo visto, sino por observaciones oídas acerca de ellos. La expresión es, sin embargo, enteramente libre y espontánea. Hé aquí casi el único rasgo descriptivo de paisaje que se encuentra en muchos de ellos, resultado de haberles hecho notar con insistencia una tarde la hermosura de la puesta del sol. Ni antes ni después volvieron *por sí mismos* á este camino.

«Por la tarde, cuando estábamos en las casas de Borias, vimos á la puesta del sol unos cirros muy bonitos, y el mar parecía que estaba ardiendo, y las montañas estaban moradas.»—[*M. V.*]

«También vimos la postura del sol, y había unos cirros tan bonitos, que parecía el mar encarnado, y la Masera de Pesués y las montañas tenían un color violeta muy bonito; también vimos el faro de Tina Mayor.»—[*A. N.*]

«Después vimos la puesta del sol; cosa muy bonita, ver las nubes encarnadas, y en general fué una cosa muy bonita.»—[*C. M.*]

«También admiramos lo bonita que es la puesta del sol, pues los rayos reflejan en las nubes y forman un color rojo muy encendido que parece fuego.»—[*V. M.*]

«Por la tarde, al ponerse el sol, había unos cirros de muchos colores y el agua del mar parecía que estaba ardiendo y nos vinimos á casa.»—[*M. R.*]

Otros dicen solamente: «estuvimos viendo el cielo, que estaba muy bonito.»

También es interesante notar cómo estas observaciones de carácter subjetivo no guardan entera relación, ni con la edad, ni con el grado de

cultura de los niños; aparecen más en los menores y en los atrasados. A alumnos de esta clase pertenecen los siguientes párrafos.

«Y hemos conocido que las gentes de los pueblos son más buenas y más prudentes; y esto se conoce cuando se les pide un favor, y cuando sucede alguna desgracia en el pueblo; como, por ejemplo, si se les pide una cebolla, le dan dos ó tres.»

«Ayer hizo un poco más fresco que antes de ayer, pero también es bueno que haya algo de fresco y (*no?*) que haya siempre calor; pero lo mejor es ni que haga mucho calor, ni mucho frío, sino un término medio.»

«Y yo compré un vaso de agua, ocurriéndome el siguiente fracaso: llevo y digo, déme V. un vaso de agua: doy 10 céntimos, y no me daban la vuelta, ni el vaso de agua; pido la vuelta; me la daban, pero el vaso no; al fin me dieron el agua, me la bebí y estuvimos por allí.»

«Y después fuimos á casa á comer; luego fuimos á dibujar la casa, pues me gusta mucho dibujar así cosas, y cuando tenga más tiempo, le voy á decir á mi padre que me meta en el dibujo, que tengo mucha afición; y después fuimos á paseo á la Cueva y no la pudimos ver, porque estaba subiendo la marea; y después fuimos á la playa de la Liñera, y parecía como una estación de tranvía, con aquellas líneas que parecían propiamente tranvías, y daba mucho gusto estar allí entre las peñas cogiendo llapas muy bonitas que se habían caído de las peñas, y aquel aire tan puro y tan bueno parecía que hacia estarse allí, y de buena gana me hubiese estado allí todo el día.»

Inútil sería buscar más párrafos de este género en los *Diarios*. Alguno que otro, no todos, dice el primer día: «lo que más me ha gustado ha sido el mar»; ó «el juego que nos enseñó D. Manuel.»

Después de una admirable excursión de seis ó siete horas por la ría en bote, en que casi todos era la primera vez que se embarcaban, con merienda en el campo, y regreso de noche, y peripecias como la de varar, y espectáculos tan extraños y nuevos para ellos como el de la fosforescencia del mar, no se halla en los *Diarios* más que la narración seca, sin una frase de mera impresión personal, que no ya de entusiasmo. Obsequiados espléndidamente con otra merienda, y opípara, en una huerta, todo lo cuentan, pero apenas uno dice que fué por la «buena bondad de D. Francisco Carranceja». Describen minuciosamente el triste espectáculo, presenciado desde lejos, de ahogarse un hombre; y solo otro dice al final: «los gritos nos produjeron una gran impresión». Asisten á todas las fiestas de la romería del pueblo, pasean por el mar en lanchas empavesadas, ven las cucañas, los bailes, todo lo más nuevo y pintoresco para ellos: nunca pasan en su admiración—expresada solo por alguno—de decir: «me gustó mucho», ó «era muy bonito».

Sin pretender generalizar demasiado por estos datos, aunque se les podría añadir muchos centenares de observaciones análogas en niños españoles de estas y otras clases sociales, no parece aventurado observar que acusan tal vez el excesivo predominio de la esfera intelectual y olvido de la del sentimiento, que caracteriza á toda la educación contemporánea, y muy especialmente á la española.—¡Qué tiene, después de todo, de extraño, cuando aun filósofos y pedagogos como Spencer no distinguen en la educación, sino las tres clásicas esferas, física, intelectual y moral!

Siguiendo el principio ya indicado acerca del trabajo, procurábase aprovechar para él aquellos asuntos que más naturalmente en la localidad y en el género de vida que hacíamos se presentaban. Las principales estrellas y constelaciones; las fases de la luna, las mareas, los vientos, las nubes, el examen del barómetro y del termómetro, el manejo de la brújula, los ejercicios prácticos sobre la geografía de la comarca, siempre mediante excursiones y al aire libre, la orientación del mapa, construcción de cartas, trazado de itinerarios, croquis del perfil de las montañas; la recolección de rocas, minerales, fósiles y plantas; los monumentos de arte y otros muchos objetos de interés, sirvieron sobre todo para la educación intelectual de los colonos.

De la sobriedad con que se procedió, sin embargo, dan testimonio los Diarios; así como, de los resultados obtenidos, la Memoria á que hemos hecho ya referencia, y las colecciones y demás trabajos conservados y expuestos en el Museo.

El material de este orden de estudios para los niños fué tan vario y tan inagotable en la colonia, que los libros recreativos que á prevención llevamos (1), por si llegaba un momento de cansancio, ú oportunidad de utilizarlos dentro de nuestro régimen de vida, volvieron sin abrirse. Verdad es que el tiempo nos favoreció mucho, pues ni un solo día nos impidió salir de casa.

No concluiremos este punto sin hacer notar que los colonos han mostrado en su actividad intelectual mucha más rapidez y viveza de intuición, mucho más interés del momento, mucha mayor facilidad para aprender, que espíritu de observación reposada, constancia y continuidad en la medida del esfuerzo, amor á la iniciativa, á la investigación y trabajo

(1) *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós (1.^a y 2.^a serie).—*Cuentos de color de rosa*, de Trueba.—*Corazón*, de Amicis.—Algunos *Bocetos militares* y *Viajes*, del mismo.—*Los malos tiempos*, *Oliverio Twist* y *El almacén de antigüedades*, de Dickens.—*Escenas montañesas* (1.^a serie), de Pereda.—*El Quijote de los niños*.—*El Robinson*.

Tesoro de la poesía castellana (de la Bib. Univ.)—*Poesías* de Ruiz Aguilera.—Y algunas *Leyendas y tradiciones*, de Zorrilla.

personal; confirmando así una vez más los rasgos que, hoy por hoy—y no para su fortuna,—distinguen en esta esfera á nuestro pueblo. Nada les costaba tanto como tener que averiguar algo por sí propios, ó hacer todos los días un mismo esfuerzo, por pequeño que fuese. Buena prueba de ello, los vacíos que se notan en su Memoria en aquellos puntos que, como la observación del estado del cielo, les fueron encomendados libremente.

Baño.—La hora del baño de mar oscilaba entre diez y doce de la mañana, adelantándola ó retardándola según la marea, pues en la playa del Castillo, escogida para tomarlo, por su mayor proximidad, no podían bañarse los niños sino en baja ó media marea.

El baño de mar en ayunas no es recomendable. Prefiérase generalmente la hora indicada, una vez hecha la digestión del desayuno. Es, por otra parte, la más calorosa de la mañana y aquella en que el cielo se suele despejar más frecuentemente en los días de lluvia, circunstancias muy de tener en cuenta en la zona cantábrica. Por último, precede inmediatamente á la comida más fuerte del día, propia para satisfacer el apetito que la acción tónica del baño despierta.

Con objeto de producir esta acción tónica, la duración del baño era muy corta: en los primeros días, de cinco minutos, y en los sucesivos fué prolongándose paulatinamente hasta llegar á ser de diez á quince, según el temperamento y constitución de cada niño. Esta circunstancia, el sobrecogimiento un tanto natural (aunque no excesivo, por cierto, en nuestros colonos) de los que entran en el mar por vez primera, como ocurría á la casi totalidad, y la precisión, para cada profesor, de atender á un grupo de seis durante el baño, sin descuidar á ninguno de ellos, contribuyó á que no aprendiesen estos á nadar, como era nuestro deseo; acaso, encomendando á otras personas verdaderas lecciones de natación, dadas individualmente, se pueda alcanzar algún resultado positivo; téngase en cuenta, sin embargo, que el baño no podía prolongarse más allá del tiempo indicado, tratándose de aquellos niños. Pero nada se perdería con hacer el ensayo en otra temporada.

Comida.—Vueltos á casa, colgadas en la solana las ropas de baño, lavadas cara y manos (1), hacíamos la comida principal del día, alrededor de la una. Hízose este servicio por contrata, según se ha indicado, y creímos

(1) De una vez para todas, debemos hacer una aclaración. Á muchos lectores parecerá acaso nimio consignar estos pormenores y otros semejantes; pero si se tiene en cuenta el descuido que en punto al aseo personal reina todavía por desgracia, no ya en las clases menesterosas, sino aun en las acomodadas; y que al propio tiempo esta Memoria se propone servir de guía para ensayos análogos, la insistencia se hallará excusable.

lo más conveniente atenernos en todo á los usos del país, añadiendo tan solo al tipo de la comida del artesano un tanto acomodado, á que la nuestra se sometía y en que predomina el régimen vegetal, un plato invariable de carne asada, para fortalecer á aquellas naturalezas empobrecidas. Las cantidades de alimento para cada colono, por término medio, eran las siguientes:

Sopa, variando entre las más usuales en nuestro país.....	350 gramos.
Cocido, compuesto de garbanzos, alubias, patatas y coles (con grasa).....	450 —
Carne cocida, tocino y á veces embutido.....	195 —
Carne asada.....	100 —
Frutas.....	155 —
Queso (en lugar de fruta).....	50 —
Pan.....	175 —
Dulce (los domingos).....	150 —
Vino.....	0,15 litros.

Es el momento de la comida uno de los que más ocasiones brindan y más puede aprovechar el maestro para ejercer su acción educadora; porque en él se despierta, como en pocos, la intimidad, condición indispensable en toda obra fructífera de este orden. No se trata, entonces, solo de inspeccionar y corregir aquellos defectos de los niños que se refieren á la comida misma: por ejemplo, á sus caprichos en cuanto á tales ó cuales alimentos, á sus maneras en la mesa, etc., sino de cosa más general y más interesante: de su vida entera, que suele manifestarse allí espontáneamente al calor de una conversación en común, libre y amistosa. Todo el mundo sabe la importancia que, desde el punto de vista del sentimiento, tiene la hora de la comida en la familia, siendo poco menos que sagrada en aquellos pueblos que conservan con mayor pureza el culto del hogar doméstico. Lo que cada individuo ha realizado en sus negocios particulares, lo que ha visto, ha leído, ha pensado á solas, ó en otras esferas, con tal que pueda interesar á los demás, todo se guarda para aquella hora, que es la destinada á comunicar las impresiones, á comentarlas, á pedir consejos, á concertar proyectos y á gozar con los recuerdos. Algo así debe ser, y ha sido, en efecto, la hora de la comida en la colonia. En ella hemos podido atesorar datos preciosos, pormenores característicos para el conocimiento de nuestros educandos. ¡Qué espectáculos más lejanos, el de aquella mesa de 18 niños, con sus tres maestros, hablando todos con la misma libertad y el mismo orden que una familia numerosa, y el de

aquellos refectorios de nuestros colegios, donde centenares de alumnos, acuartelados, se sientan silenciosos sin otro goce que el material de los manjares (cuando ese nombre merece), ó el de aguardar la hora de su redención, al acabarse la comida! Y es que toda educación pide individualidad. Tan luego como esta desaparece, para dar lugar á la masa, no hay sino recurrir á las «garantías» exteriores; excelente sistema para cualquier cosa, menos para engendrar efectos graves y profundos.

Alguna observación conviene anotar todavía, por lo que pueda servir en ensayos ulteriores. Mientras en los primeros días resistíase la mayor parte de los niños á tomar la carne asada por falta de apetito, según ellos, y á nuestro entender, además, por cierta novedad y extrañeza en la preparación; á la mitad de la temporada, y sobre todo al final de ella, era la carne el plato más gustoso para todos; y á medida que esto iba aconteciendo, descendía, por el contrario, el consumo de pan; pero no el de cocido, que siempre fué el mismo. La sopa, que en todo tiempo fué, sin disputa, el plato de más general aceptación, era también el que tomaban con más gusto, tal vez por ser el primero de la comida, á la que se sentaban siempre con gran apetito. Á ninguno repugnó el cocido, en absoluto; pero sí las coles, las patatas ó las alubias, á unos ó á otros; estos no gustaban del tocino ó del embutido; aquellos, del queso fresco, característico de la comarca; y el pescado en general tenía poco partido. Dicho se está que sus indicaciones no pudieron ser siempre atendidas; y paulatinamente, con dulzura y hasta bromas, sin resistencia en realidad de ningún género, ni daño en la salud por parte de los niños, todos comieron los mismos alimentos, dándose en varios el caso de acabar por gustarles más aquello mismo que antes repugnaban: lo que confirma cómo, en la educación de este sentido, son la fantasía y el hábito los principales factores á que debe atenderse.

Juegos.—Acabada la comida y después de lavarse la boca (con quina), salíamos todos á los prados de que ya se habló, contiguos á la casa, para jugar allí libremente hasta las cuatro, á cuya hora emprendíamos una excursión cualquiera á los alrededores. Y decimos que «salíamos para jugar», porque siendo el momento del juego, también, como el de la comida, de aquellos en que el niño con más facilidad se abandona libremente á sus naturales y espontáneos impulsos, y uno de los más favorables para conocerlo tal y como es, y por tanto poder dirigirlo, nada de esto se logra sin que el maestro, en vez de limitarse á inspeccionar el juego de sus discípulos, que esto no basta, tome en él parte activa, único medio de entrar en íntima relación con ellos. Vigilar simplemente el juego hubiera sido lo mismo que presenciar la comida sin comer con los niños: ambas cosas igualmente nulas, y perdidas en su valor educativo. El maestro que

se concreta á mantener el orden, se convierte en un inspector ó vigilante, cuya función todavía está por averiguar en la pedagogía. Solo cumple su misión de maestro, cuando educa; y solo educa en el juego, cuando interviene en él de algún modo: el mejor de todos y el más directo, jugando. Si á alguien en la práctica—porque en principio lo que acabamos de afirmar no tiene réplica—pudiera parecer extraño, quién sabe si hasta poco propio de la «dignidad» de un hombre grave y de un profesor, que el maestro juegue con los niños (1), debe recordar que en Inglaterra suelen pesar mucho las condiciones de jugador que un maestro ha demostrado, para ponerlo al frente de sus grandes escuelas públicas (secundarias); que al número 1, por su saber intelectual, entre los alumnos, va en muchos colegios unido, como cargo de honor, el de jefe del juego; y que no hace muchos días hemos tenido ocasión de contemplar en la Platzpromenade de Zurich, con motivo del Congreso internacional de Colonias de vacaciones allí celebrado, á los alumnos y alumnas de las escuelas secundarias y primarias, ejercitándose á la vista del público en juegos de fuerza y destreza con sus profesores. Bruselas, Amsterdam, Berlin y otras ciudades de Alemania, entre las cuales descuella Brunswick, siguen análogo camino; y por último, en París, acaba de fundarse una sociedad para promover la introducción y desarrollo de los juegos corporales, al frente de la cual se halla M. Julio Simon, con otros ilustres pedagogos y profesores, que vienen reclamando tiempo hace esta importante reforma en la educación general de su patria.

También, en la colonia, jugamos los maestros con los niños; y no contribuyó poco ciertamente esta intervención directa á suavizar pronto sus maneras y á dulcificar voces y expresiones, que solo en el juego aparecen y es donde hay ocasión de corregirlas; no en la escuela. Así, era muy raro, á los ocho días de estancia en la colonia, tener que llamar la atención de ningún alumno sobre estos defectos. Por lo demás, esta participación del maestro en el juego no ha dado lugar nunca, ni puede darlo, tratándose de un verdadero maestro, á conflicto de ninguna especie. Aunque se convierta, como debe, en compañero, y no más que en compañero, del niño, tarda este sin embargo mucho, por desgracia, en olvidarse del maes-

(1) El Dr. Warre, jefe (*head master*) de la renombrada escuela de Eton, cuenta que habiendo decaído el amor á los juegos corporales en uno de los más célebres colegios ingleses, su director, á la sazón alto dignatario de la iglesia anglicana, reunió un día á los muchachos, se quitó la levita, y los arrastró entusiasmados á jugar con él, restaurando así la antigua afición, propia de toda escuela inglesa.—Las personas á quienes interese este asunto hallarán en el libro del Dr. Warre (*Athletics*, Londres, 1884) observaciones de gran alcance.

tro, para no ver más que al amigo, con el cual debe abandonarse al juego y la alegría; cuando felizmente lo olvida, siempre ve en él una especie de compañero ideal y lo trata con abierta jovialidad, sin encogimiento y sin falsedad servil, pero sin propasarse jamás á cosa que no sea correcta y noble: lo trata, en suma, como en realidad debiera tratar á todos. Esta situación no pudo conseguirse por entero de nuestros colonos. Al principio, nos vieron tomar parte en los juegos con cierta sorpresa; luego, con agrado; por último, con verdadero entusiasmo, desde que advirtieron que en nada coartábamos su libertad y alegría y que, antes por el contrario, venía á introducirse con el mero hecho de nuestra intervención un elemento de orden, de formalidad y de disciplina, que todos deseaban, que nadie sabía imponer, sin embargo, y cuya ausencia es característica, por desgracia, de todo juego de niños españoles. Pero, aun con todo esto, la falta de hábito fué causa no obstante de que si recibían nuestras bromas con gusto, nunca se determinasen á devolvérmolas con jovialidad y confianza.

Por lo que toca al juego mismo, los niños de nuestra colonia hacían lo que los niños de todas las clases sociales en España, especialmente en las grandes ciudades: que no juegan; juguetean; no sienten interés hacia la lucha que esta diversión representa; no les importa desplegar fuerzas y destreza para ganar á los contrarios; ser reconocidos como campeones v. g. de tal ó cual localidad ó corporación. Por esto no se organizan casi nunca en partidos, salvo para las pedreas; por esto juegan casi siempre sin condiciones y sin formalidad; por esto no hay campos para juego (1), ni instrumentos, ni reglas, ni jueces, ni en suma jugadores. Hay juegos, ó mejor, restos de juegos, que importaría reanimar por medios más sanos que las apuestas; pero no hay organización del juego en nuestra patria.

En consonancia con esto, á nadie puede sorprender que la mayor parte de los juegos de nuestros colonos, con tratarse de niños cuya edad media era de 12 años, tuvieran todavía un carácter esencialmente representativo, ó más bien imitativo, propio de los juegos de la primera infancia. El «tren», la «diligencia», las «carreras de caballos» y algún otro más dramático, pero donde dicho elemento predomina aún, como el de «justicias y ladrones»: tales fueron los más frecuentes.

(1) Mientras, en las principales ciudades de Europa, se va procurando cada vez más destinar grandes espacios en los paseos públicos á los juegos de los niños y jóvenes, es curioso ver como en Madrid se va inutilizando los pocos que hay, convirtiéndolos en jardinecitos cruzados por calles estrechas; aún en sitios como el Retiro, es muy difícil hallar un espacio abierto y capaz, donde pueda jugarse: cosa que además se prohíbe en casi todos.

Procuramos encaminarlos hacia los de lucha, fuerza ó destreza: el marro, el paso, el *rounders*, juego de procedencia inglesa, excelente por la armónica combinación de sus ejercicios, introducido en algún centro de educación de Madrid, desde hace tiempo, y de cuyo éxito entre los colonos puede juzgarse leyendo sus Diarios. Por desgracia, el último pocas veces pudo jugarse, pues necesita un campo llano en ciertas condiciones, que solo lejos de nuestra casa podía encontrarse.

Paseos.—Nuestros paseos tenían siempre un fin, un objetivo, ó lo que es lo mismo, carácter de verdaderas *excursiones*; porque no hay nada que los niños comprendan y sientan menos que el paseo «por pasear», por el paseo mismo, sin otro fin determinado. Por esto, íbamos siempre á recoger tales ó cuales piedras, á ver este paisaje ó aquel accidente: siempre á algo especial, por insignificante que ello fuese; con lo cual, el interés se mantenía vivo. En su Memoria, tantas veces citada, se puede ver la nota de las principales excursiones hechas y su objeto. Aquí advertiremos que fueron verificadas gradualmente, dejando para los últimos días aquellas que constituían ya verdaderas caminatas, que pedían mayores fuerzas y en que era necesario emplear toda la tarde, tales como la del Cabo Oriambre ó la de Unquera.

De más está decir que el paseo era libre, lo cual quiere indicar que no llevábamos á nuestros colonos en la aburrida formación al uso, que mata toda iniciativa personal y aun casi todo el goce, hasta el punto de que muchas veces los pobres niños prefieran quedarse en el colegio, á pasear. Los nuestros marchaban con entera independencia, mientras no se les llamaba para hacerles alguna observación en común.

De estas excursiones proceden los minerales, plantas y fósiles que coleccionaron.

Solían jugar por el camino, á la ida; en tanto que á la vuelta, casi siempre con la última luz del día, venían cantando. Hemos observado mucha más afición á cantar en los niños del pueblo, que en los de la clase media. Raras veces se oye á estos cantar en coro espontáneamente, durante las excursiones, de que tenemos ya larga práctica, mientras aquellos lo hacen con mucha frecuencia, mostrando verdadero placer casi todos. Lástima grande que, á semejanza de lo que ya se ha dicho con respecto á los libros de lectura, no pueda ofrecérseles otro alimento musical más sustancioso—ni popular, ni clásico—que el que buenamente aprenden por la calle y las zarzuelas de moda suministran.

Sentados en el poyo, á la puerta de la casa, y mientras era hora de la cena, que se hacía esperar unos treinta minutos desde que llegábamos, solían los niños entretenerse contando cuentos, prefiriendo, como era natural, aquellos de carácter predominantemente representativo y simbólico, en

consonancia con sus juegos. Durante el resto del día, no mostraban igual interés por esta diversión, lo cual se concibe fácilmente. Aquella hora era la única en que la oscuridad hacía imposible que se distrajesen en la contemplación del mundo exterior, despertándose en ellos con mayor viveza el de las representaciones intelectuales y libres, merced á ese, como adormecimiento de los sentidos.

Cena y sueño.—Lavadas las manos, comenzaba la cena, de ordinario, minutos antes de las nueve. Consistía en dos platos: el primero, una ensalada cocida, cuya ración por individuo era de unos 450 gramos; el segundo, carne ó pescado (250 gramos). El postre, el vino y el pan, como en la comida. Comentábamos las impresiones más salientes del día, procurando no excitar á los niños á aquella hora con cosa que pudiera perturbarles el sueño, el cual, concluida la cena, comenzaba á apoderarse de ellos; y esta era la señal de retirada. Entonces, bajaban al portal los bancos, lavábanse de nuevo la boca y, dejando sus ropas y calzado, según ya se dijo, fuera del dormitorio, acostábanse poco después de las nueve y media, durmiéndose, como era de esperar, en el acto. Careciendo el dormitorio, dicho se está, de otra ventilación que la natural, dejábamos la mitad del balcón siempre abierto, con lo cual logramos tener el aire constantemente puro. Bueno será consignar—dado el terror que entre nosotros suele inspirar esta práctica—que ni uno solo de los niños hubo de constiparse.

Así fué la vida de la colonia, durante los treinta días que permaneció en San Vicente, sin otros pormenores que merezcan añadirse, á no ser el de la asistencia de los colonos (todos hijos de padres católicos) á misa en los días festivos, y el de la correspondencia semanal con sus familias.

4.—Regreso.

Contando con un *superavit* en el presupuesto de la colonia, pensamos, al tener que dar la vuelta hacia Madrid, en proporcionar á los niños el placer de una excursión á la capital de la provincia. El espectáculo de una población marítima de cierta importancia; el movimiento de su puerto; la visita quizá á algún vapor de gran porte y á una playa de baños de las más concurridas; un paseo embarcados por la soberbia bahía de Santander; la contemplación del trabajo y de la maquinaria en un centro minero tan importante como el de Reocín, eran de los goces más sanos que se les podía ofrecer y habían de dejar en su espíritu impresiones tan gratas como educadoras.

Si los niños podían hacer á pié los 40 km. desde San Vicente hasta Torrelavega, á la vez que se alcanzaba una economía en el viaje, se les